

Según Hegel el espíritu se configura gracias a la actividad de los individuos. El héroe o el gran estadista representan las inquietudes de los demás y perciben los gérmenes de lo nuevo. Tienen gran capacidad para actuar y transformar porque sienten carencias y necesidades. Pero sólo aprenden lo indispensable para trascender el presente. El filósofo no transforma el mundo, sólo lo observa y comprende. Los hombres actúan sin saber que lo hacen, y el filósofo sabe, pero su finalidad no es actuar. Para Hegel es claro el contorno y el contenido de una racionalidad en cada época; material indispensable para configurar la Razón. No existe un punto de vista aislado, sino una conciencia entre otras conciencias.

Palabras clave: espíritu, actividad, individuo, grandes hombres, filosofía, racionalidad, historia, Razón, conciencia, libertad.

According to Hegel, the spirit is shaped through individuals' activity. The hero or the great statesperson represent others' concerns and are aware of the germs of the new. They have the ability to act and transform ages because they feel human needs and lacks. But they only apprehend the essential to transcend present times. The philosopher doesn't change the world. He just observes and understands it. Men act without knowing what they do, and the philosopher knows, but doesn't act. For Hegel, each historical period contains rationality, and it is the essential to shape Reason. The isolated consciousness exists solely among other individuals' consciousnesses.

Keywords: spirit, activity, individual, great men, philosophy, rationality, history, Reason, consciousness, freedom.

Los instrumentos de la Razón en la historia

Los grandes hombres, los pueblos y el individuo

MAHARBA ANNEL GONZÁLEZ GARCÍA

Recibido: 26-07-2012, aprobado: 05-10-2012

El hombre, como espíritu, no es algo inmediato, sino esencialmente un ser que ha vuelto sobre sí mismo. Este movimiento de mediación es un rasgo esencial del espíritu [...] Es el hombre aquello que él se hace mediante su actividad. Sólo lo que vuelve sobre sí mismo es sujeto, efectividad real.
Hegel

Mediante la actividad de los individuos se configura lo que Hegel concibe como espíritu, dinamismo que se encarna en diversas formas de expresión espirituales objetivas, a saber: pueblos, naciones, constituciones, ejércitos, filosofías, por mencionar sólo algunas. La transformación que dichas entidades viven, y el éxito o rechazo con que se aprehendan, dependen de las necesidades que alberguen los hombres y de la forma en que decidan orientar su búsqueda. De aquí la necesidad de los grandes sujetos o, como diría Hegel, la acertada adecuación del héroe o del gran estadista para representar las inquietudes de los demás. Ellos perciben en el agonizar del mundo presente los gérmenes de lo nuevo y azuzan la oposición en el interior de éstos y los impulsan a emerger, pero lo más importante es que no buscan ocupar el lugar de estas semillas nuevas, simplemente se ponen a su disposición.

La pasión de los grandes hombres los motiva a descubrir lo verdadero dentro del mar de las apariencias. Gracias a ella, intuyen aquello que es necesario rescatar y le dan vida. Remueven las aguas estancadas y promueven entre ellas la violencia para reanudar la armonía ya petrificada y agonizante. Ellos están en la condición de

transformar lo negativo del presente, lo muerto, en algo positivo. Ellos descubren el ideal. “El ideal se encuentra siempre en el interior de lo real y la tarea consiste simplemente en sorprenderlo allí, bajo los escombros.”¹

No es que Hegel proponga la existencia de profetas o de videntes, simplemente realza la capacidad de los grandes hombres de la historia para actuar, y, con su acción, estos personajes transforman el hastío de una época en la búsqueda de una nueva vida.

Se trata entonces de reestructurar a la sustancia misma en todas las condiciones posibles. Como ya lo recuerda nuestro autor en las *Lecciones sobre la historia universal*, no hay nada nuevo bajo el sol. “El gran hombre aprende del mundo real. Al observar lo que muere descubre la ley de lo que nace; en el aspecto negativo de las cosas percibe una novedad afirmativa.”² Es la misma actividad del pensamiento, es decir del espíritu, que busca entre los escombros todo aquello que alguna vez fomentó la vida en ello, aquello que en su momento la hizo ser fuerte y prepara las condiciones para el futuro.

La tarea es ardua, descubrir en los escombros entre la realidad ya derruida, los elementos que pueden originar un mundo nuevo. Si conocemos la filosofía de Hegel sabemos que ese mundo nuevo no será eterno y que, antes bien, con el transcurrir del tiempo, lo afirmativo terminará transformándose de nuevo en algo negativo. Por ejemplo, el periodo feudal declinó en un ascenso más que favorable a la clase burguesa; la gloria que alguna vez rodeó a la toma de la Bastilla decayó después en un terrible periodo del Terror. Lo que es indispensable destacar es el hecho de que lo que hoy representa un obstáculo en el movimiento de la vida es, a su vez, la fuerza motriz para que este periodo se alce sobre sí mismo y recoja esas diferencias en la nueva forma que llegue a adoptar.

La desigualdad que se produce entre la conciencia y el sustrato en el que se forma resulta indispensable, pues se vuelve, para la conciencia, su propio objeto. Aparentemente, esa diferencia acaece fuera del proceso, pero en realidad es parte de su misma actividad y, más aún, esa desigualdad se vuelve sujeto. En Hegel, la diferencia, lo falso, lo desigual, no son motivo de vergüenza o de indignación, sino la mediación necesaria entre la conciencia y su mundo; entre el individuo y el espíritu. En palabras de Hegel mismo:

debe afirmarse que la verdad no es una moneda acuñada, que pueda entregarse y recibirse sin más, tal y como es. No hay lo falso como no hay lo malo [...] lo falso, sería lo otro, lo negativo de la sustancia, que en cuanto contenido del saber es lo verdadero. Pero la sustancia es ella misma esencialmente lo negativo, en parte como diferenciación y determinación del contenido y en parte como una simple diferenciación, es decir, como sí mismo y saber en general.³

Gracias a la desigualdad surge la verdad, se reconcilian los opuestos. De la diferencia se llega a la relación de igualdad que, en un determinado momento, se convierte en lo verdadero. Ahora bien, no hay que confundirnos y decir que lo falso y lo verdadero son iguales. Lo correcto es lo siguiente: lo verdadero contiene el momento indispensable de la falsedad.

Hegel expresa una tesis recurrente a lo largo de sus escritos, y es la de que la historia se realiza con y a pesar de la inconsciencia de los hombres. Éstos buscan satisfacer sus intereses y al hacerlo –en el caso del héroe es muy claro, promueven el afianzamiento de lo universal– puede ser que actúen teniendo en mente un propósito y terminen realizando otro, pero lo importante es que nada existiría sin su acción.

Esta circunstancia de la inconsciencia de los hombres ha hecho a Hegel objeto de crítica; como si la postura del filósofo fuera la de utilizar a los

hombres en calidad de instrumentos, pero la situación no es tan simple. El desarrollo de las cosas es mucho mejor si la luz de la conciencia las ilumina aunque sea un poco. La única excepción la constituye el héroe o el hombre político. Ellos son los que, llegado el momento, sienten las carencias y las necesidades de su época y promueven entre los demás estas necesidades transformándolas en deseos que lleguen a arraigarse en el interior de los otros.

Asimismo, el saber de estos hombres no es absoluto sino limitado. Lo único que hacen es aprehender aquello que resulte indispensable para trascender el momento político presente y alcanzar el próximo, es decir, saber más que los hombres de su tiempo sin superar a sus sucesores. Lo único que sí es absoluto es la necesidad del proceso mismo. Los individuos son sólo un eslabón en la cadena que impulsa al mundo a continuar desarrollándose, “...la vida es una diversidad infinita, una oposición, una relación infinita igual que el espíritu, *la unidad viviente de la diversidad*”.⁴

Éste es el tema crucial para el desarrollo del presente escrito, el concerniente al concepto de individuo. Si queremos hablar de individuo en el sistema hegeliano no podemos pasar de largo nociones tales como las de filosofía y pensamiento. En las *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, Hegel afirma, “...

la filosofía es la compensación de la corrupción de aquel mundo real, que el pensamiento ha iniciado. Cuando la filosofía, con sus abstracciones, lo pinta todo de gris sobre un fondo gris, es que se han esfumado ya la lozanía y la vitalidad de la juventud; y su compensación no es una compensación en la realidad, sino en el mundo ideal”.⁵

La filosofía nace cuando el mundo presente deja de coincidir con las necesidades del espíritu, que es lo más universal, y aquello que se supone debe satisfacerlo. La filosofía puede aportar la reconciliación entre lo que es y aquello que ha dejado de ser. Sin embargo, esa reconciliación se da en el plano del pensamiento no en el mundo de la práctica. El filósofo es aquel que emplea la reflexión para oponer a sí mismo aquello que ya no le satisface y, a su vez, esta reconciliación en el plano del pensamiento, acelera la destrucción del orden existente. Digamos que Hegel cree en una inevitable caducidad en el mundo de la historia. Nada es para siempre: ni las naciones, ni su poder, ni su arte o su religión son eternos: “...lo único constante es el ordenamiento de los funerales”.⁶

El vehículo de la historia universal son los pueblos –Hegel incluso los considera como uno de los individuos de la historia–⁷ y la filosofía surge en el momento en que la vida se separa de la realidad,



cuando se le opone. En esta situación de crisis, la filosofía propicia la reflexión sobre la ruina y la corrupción de los pueblos porque, en ese instante de destrucción, el espíritu se refugia en los espacios en los que cuida el pensamiento, es decir, se desarrolla la filosofía. Ésta se enfrenta a la oposición y reconoce la muerte de lo que alguna vez fue efectivo. Su labor es de destrucción y el pensamiento es el único que tiene la capacidad de adelantarse y motivar la transformación del presente. El filósofo únicamente observa, la filosofía no transforma al mundo, simplemente lo comprende. “Los filósofos pertenecen al equipo de los demolidores. La obra de construcción corresponde a los trabajadores inconscientes y a los estadistas. Del hombre de acción al filósofo media la distancia que va del partero al sepulturero.”⁸

Pero ni la filosofía ni el pensamiento ni la actividad de los pueblos se realiza en el vacío o en la abstracción, sino mediante la reflexión y la acción de los individuos. Para Hegel, **el individuo no supera jamás a su tiempo.**⁹ Los hombres actúan al buscar la realización de su interés personal y de forma inconsciente realizan lo universal. Actúan sin saber que lo hacen y, por su parte, el filósofo sabe, pero no es su finalidad actuar.

Entre la filosofía y la historia existe una bisagra fundamental: los individuos. El proceso tiene un sentido, sólo que no se lo da ni el filósofo ni el resto de los hombres que trabajan. La filosofía no reproduce a secas eso que existe en sí, sino que busca concebir aquello que es, expresa el ser-allí en tanto que concepto o razón. En esto consiste eso que Hegel denomina *das Wirkliche* (“lo efectivo”).

Así, la filosofía se reconcilia con la realidad al extraer de ésta lo efectivo que se iguala a la razón misma y que hace que la cosa sea. Aquí se encuentra la identidad de lo particular con lo universal, la distinción entre la razón teórica y la razón práctica. Hegel separa a los hombres de pensamiento de

los hombres de acción, que son aquellos en los que reposa el espíritu de la época, aquellos que saben dirigir el movimiento del espíritu. Los hombres de acción saben y desean su obra. Su interior coincide con el momento histórico que lo abraza. Es de aquí de donde el movimiento del espíritu extrae su fuerza y su necesidad, y donde la acción del individuo se autodetermina necesariamente. Desde la perspectiva de la filosofía de la historia,

la acción no tiene otra determinación que la actividad y ésta determina ya la naturaleza general del contenido. El ser en sí y el ser para sí son los momentos de la actividad; en la acción se encierran [...] estos dos momentos distintos. La acción es, así, una unidad esencial; y esta unidad de lo distinto es precisamente lo concreto [...] Finalmente, el producto es algo tan concreto como la actividad misma y lo que comienza.¹⁰

Así pues, **historia, filosofía e individuo se reúnen** por medio de la actividad de éste. Gracias a las individualidades que surgen en cada periodo histórico, los hombres saben lo que ellos mismos necesitan y, como se señaló anteriormente, la verdad de cada uno de estos periodos no es absoluta, sino que consiste en el tránsito incesante de una verdad finita a otra. No obstante, lo que sí se dibuja para Hegel es el claro contorno y el contenido de una racionalidad que se forja en el interior del despliegue de cada sucesión histórica; racionalidad que cobra vida en la cultura, el pensamiento y la voluntad de los individuos, material indispensable en la configuración de la Idea, de la Razón:

la idea universal no se entrega a la oposición y a la lucha, no se expone al peligro; permanece intangible e ileso, en el fondo, y envía lo particular de la pasión a que en la lucha reciba los golpes. Se puede llamar a esto el *ardid de la razón*; la razón hace que las pasiones obren por ella y que aquello mediante lo cual la razón llega a la existencia, se pierda y sufra daño.¹¹

La afirmación es delicada. ¿Reduce Hegel a los individuos únicamente a la categoría de medios?

Si bien es cierto que lo individual se sacrifica en pro de lo universal y que vulgarmente consideramos que los medios son exteriores al fin, el caso de los individuos no se reduce a este aspecto, pues ellos están, finalmente, hechos a imagen y semejanza del proceso racional en sí y para sí.

Hay dos aspectos que sustentan esto. Se trata de la moralidad y de la religiosidad. Hemos dicho que la parte subjetiva de los individuos, es decir, sus necesidades, opiniones e impulsos, buscan ser satisfechos, aunque en esta búsqueda de verse realizados, los hombres muevan inconscientemente el proceso de constitución del espíritu. Lo que no hemos dicho es que los hombres ¿tienen el derecho legítimo de satisfacer estos fines! —aun cuando desde la perspectiva de lo universal resulten inferiores y prosaicos, son necesarios.

Los hombres, aunque se usen como medios —formalmente hablando—, son de una índole que se identifica con el fin, es decir, no son algo externo al fin de la razón. Satisfechan sus fines particulares, y éstos, aunque distintos entre sí, participan del fin de lo racional. Son, pues, *fines en sí* que concuerdan con el contenido de la razón. La moralidad y la religiosidad son fines en sí mismos, y “el hombre es fin en sí mismo, por lo divino que hay en él; lo es por eso que hemos llamado desde el principio la razón, y por cuanto ésta es activa en sí y determinante de sí misma, la libertad”.¹²

Es necesario entonces reivindicar la acción humana. No existe un punto de vista individual, aislado, sino un yo entre otros yos. Cuando el individuo articula y expresa su fin, el espíritu está ya presente. No existe “la” conciencia y luego el orden social y los demás. La conciencia **es entre** otras conciencias.

El hombre es libre porque se sabe y se reconoce a sí mismo en sus fines. Hace de la libertad, **su** libertad. Él decide hacer lo bueno o lo malo, actuar o dejar de hacerlo. El hombre comienza a ser moral

cuando es consciente de que el presente no cubre todas sus exigencias. Opone entonces lo que es a eso que debería ser —en su concepto— racional a las condiciones que pueden hacerlo libre. Las exigencias de la razón coinciden, pues, con el objeto del Estado que Hegel concibe como eticidad. Lo real aquí es la inquietud que expresa la contradicción, síntesis entre identidad y diferencia.

Notas

1. D'Hondt, *Hegel, filósofo de la historia viviente*, p. 166.
2. *Ibid.*, p. 167.
3. Hegel, *Fenomenología del espíritu*, p. 27.
4. D'Hondt, *Hegel*, p. 148. El Hegel de Berlín reconoce la inefable necesidad que tiene la historia de los hombres, de sus pasiones, de sus contradicciones y nos exhorta a reconocer que hay noches en que todos los gatos son pardos y que ¿eso está bien! No obstante, hay que acudir al llamado que nos hace la razón para reconocer lo eterno en la sombra de lo aparente.
5. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, p. 54.
6. D'Hondt, *Hegel, filósofo de la historia viviente*, p. 136.
7. Dice Hegel: “Qué ciegos son los que quisieran creer que las instituciones, las constituciones, las leyes que ya no están de acuerdo con las costumbres, las necesidades, la opinión de los hombres, y cuyo espíritu se ha evaporado, subsisten más tiempo, y que los usos a los cuales ni el entendimiento ni el sentimiento prestan ya ningún interés, son suficientemente poderosos para tejer de manera durable el vínculo de un pueblo”; Citado en D'Hondt, *Hegel*, p. 144.
8. D'Hondt, *Hegel, filósofo de la historia viviente*, p. 139.
9. El énfasis es mío.
10. Hegel, *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, tomo I, pp. 28-29.
11. Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, p. 97.
12. Hegel, *Ibid.*, p. 98.

Bibliografía

- HEGEL, G.W.F., *La fenomenología del espíritu*, FCE, México, 1998.
- , *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Alianza, Madrid, 1997.
- , *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, tomo I, FCE, México, 1997.
- D'HONDT, Jacques, *Hegel, filósofo de la historia viviente*, Amorrortu, Buenos Aires, 1971.
- , *Hegel*, Tusquets Editores, Barcelona, 1998.